

DIARIO DE VIAJE

BÉJAR, LA JUDERÍA SORPRENDENTE

Carmelo Jordá



DIARIO DE VIAJE

BÉJAR, LA JUDERÍA SORPRENDENTE



Carmelo Jordá

Carmelo Jordá vive en Madrid, ciudad en la que nació hace 48 años.

Es periodista, amante de los viajes y de la fotografía.

Lleva más de 20 años escribiendo sobre viajes, ha publicado cientos de artículos en diversos medios y colabora frecuentemente en programas de viajes y turismo.

También se dedica de manera habitual a escribir sobre política nacional, internacional o economía en Libertad digital y participa en tertulias políticas sobre todo en Es radio.

En 2021 ha publicado su libro “Lugares generalmente distantes”, en el que describe lugares que han significado algo en su vida, le han marcado o dónde ha experimentado y a los que invita al lector a viajar.

Diario de Viaje. Béjar, la judería sorprendente. Edita: Red de Juderías de España. Plaza de Maimónides, s/n. 14004 Córdoba (España), www.redjuderias.org. Todos los derechos reservados / All rights reserved

Carmelo Jordá

¿Qué sería de cualquier viaje sin la sorpresa?
¿Qué esperar de un destino que no sea capaz de asombrarnos, de darnos un poco o un mucho más de lo que esperábamos?
¿Qué tienen las ciudades de la Red de Juderías que el buen viajero siempre vuelve satisfecho, sorprendido o, directamente, maravillado?

Más modernas, más ancladas en el pasado, grandes o pequeñas, en las ciudades de la Red siempre hay cosas con las que no contaba y de todos mis viajes vuelvo con un poso delicioso de asombro, henchido de cultura, historia, belleza y, sobre todo, sorpresa. Y Béjar, tan distinta de todas las demás y al mismo tiempo tan unida a ellas, no ha sido una excepción, al contrario.



EN BÉJAR HAY QUE ESTAR DISPUESTOS PARA EL ASOMBRO

Una pequeña ciudad salmantina, casi extremeña por mera cercanía, que está tan llena de cosas que parece no darles importancia, aunque el viajero descubre enseguida lo excepcional de ese patrimonio y el valor que la propia ciudad le da.

Es posible que Béjar sea, de todos los viajes que he hecho para conocer juderías, el que me resultaba más incierto al empezar mi ruta. Y eso aún a pesar de que, al contrario de lo que me ocurría en otros lugares, ya conocía la ciudad, si bien hacía tantos años de aquello que mis escasísimos recuerdos no eran una referencia válida.

Pudo deberse a que no había completado tan a fondo como me habría gustado el proceso de información previo, quizá a que mis fuentes no habían sido las mejores, el caso es que llegaba a Béjar con más incertidumbres que certezas. ¿Me gustará lo suficiente? ¿Tendré bastante que fotografiar y de lo que escribir?

Afortunadamente, unas horas allí bastaron para despejar mis dudas.



Las murallas de Béjar y, al fondo, la sierra y la Covatilla.



DÍA 1: CALLES Y MUSEOS Y PLAZAS Y PUENTES Y MURALLAS

El patrimonio monumental y cultural de Béjar merece verse de cerca y parte de él dedicaremos la primera jornada de este viaje. Un día que nos llevará por calles, angostas, museos insólitos y plazas de toros que la mayor parte de los viajeros ni siquiera podrían imaginar.

Atravesada la parte más anodina que Béjar tiene como tienen todas las ciudades que crecieron en la segunda mitad del siglo pasado, aparco mi coche junto al coqueto jardín del Parque de la Corredera, con un kiosco musical en el centro, un curioso escenario a un lado y que tiene al fondo un llamativo edificio de una arquitectura aproximadamente brutalista que, aún no lo sé, me está dando también una de las claves de lo que será mi viaje.

Es la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Industrial de Béjar, testimonio de lo que han sido las fábricas para esta pequeña ciudad que se llenó de ellas y que aún las tiene entre su patrimonio. Pero de eso hablaremos más adelante.

Me encamino a la Calle Mayor que empieza al otro lado de la plaza y que voy a ir siguiendo a través de sus curvas, sus subidas y bajadas y sus distintos nombres, pues empieza siendo de Reinoso, después se cambia a Sánchez Ocaña y acaba siendo de Pardiñas,

cuando desemboca, bastante más adelante, en la Plaza Mayor. Me va gustando esta calle sinuosa, estrecha, prácticamente peatonal y que muestra a la vez la belleza de una ciudad que ha sabido ser rica y hermosa y la de ese decaimiento triste, pero terriblemente fotogénico, que podemos encontrar en muchos rincones de la España rural que parece estar dejando de ser lo que era, pero aún no ha acabado de encontrar su forma de adaptarse a este nuevo mundo y se encuentra en una tierra de nadie que me parece llena de interés viajero, como todo aquello que está en un proceso del que no sabemos el final.



Me va gustando esta calle sinuosa, estrecha, prácticamente peatonal y que muestra a la vez la belleza de una ciudad que ha sabido ser rica y hermosa.



Y qué variedad la de esta calle de trazado un tanto inverosímil que se curva, asciende y desciende y se abre aquí y allá en coquetas plazas, como si necesitase descansar. Algunas poco más que el cruce con otra calle que permite ensanchar un poco la mirada y que el sol llegue a bañar las fachadas de ambos lados de la rúa; en otras con un amontonamiento aparentemente caótico de cosas: el Teatro Cervantes, el museo de escultura y el ábside y la torre de la vieja iglesia llenando un espacio aparentemente imposible; y también algunas más recoletas y ordenadas, que tienen una belleza especial y calmada y una zona porticada a la que se llama Portales de Pizarro en honor, si no recuerdo mal, de alguna gran familia local.

Un poco más allá mis pasos dieron por fin en la espléndida Plaza Mayor, que es a donde vienen a morir tantas calles mayores de España. La plaza bejarana es, sin duda, un espacio insólito en comparación con el resto de la



**Vista de la calle mayor,
ya cerca de la plaza.**



ciudad vieja: enorme, amplia, con la presencia contundente del Palacio Ducal dominándola desde la altura...

No es el único edificio que capta mi atención: el precioso ayuntamiento con su doble arcada resulta elegante incluso a pesar de que siempre hay delante coches de la Policía Municipal que no pegan mucho con la fantasía renacentista en la que uno se mete sólo con contemplar la hermosa fachada. Frente a él, la Iglesia de San Salvador que es una mole en la que aún se pueden encontrar delicados detalles románicos.

Cuando yo llego a la plaza los estudiantes que dan clase en el Palacio -desde hace años convertido en el instituto de la villa- se sientan al sol charlando y esperando, supongo que sin quererlo, que se acabe su tiempo de recreo. Aprovecho para entrar en el palacio-centro y disfrutar de su bellissimo patio, tan distinto con los chicos corriendo de un lado para otro de lo que debió ser cuando era el lugar más importante de una amplia comarca.

El museo de David Melul

Pero llega el momento de apresurarme: tengo una cita en el Museo Judío David Melul, obviamente uno de los imprescindibles de mi viaje a Béjar. Me presento en su puerta y en unos segundos llega puntualísima Carmen Rubio, que va a ejercer de anfitriona de mi visita.

El museo está en una casa solariega de mediados del siglo XV que resulta el puente perfecto para el salto hacia el pasado que vamos a dar. Fruto del empeño personal y el amor por la ciudad y su pasado de David Melul, tiene tres plantas en las que se va aprendiendo sobre la historia de los judíos en España

LOS JUDÍOS DE SEFARAD



Salas del Museo David Melul.

hasta 1492; de los que se quedaron tras la expulsión, convertidos más o menos sinceramente; de los que no tuvieron más remedio que abandonar Sefarad; y, finalmente, de aquellos que han llevado apellidos como Béjar, Behar, Bejarano o Bicerano por todo el mundo, no hace falta decir desde qué punto de partida.

Vamos recorriendo distintas salas y voy disfrutando de la información abundante que el museo pone a disposición del visitante, de los sus preciosos fondos llegados de rincones de prácticamente todo el mundo en el que hubiese sefardíes y del entusiasmo con el que Carmen me explica no sólo la exposición, sino también la historia del museo y las muchas actividades que realiza. ¡Qué suerte ha tenido Béjar de contar con personas como David y como Carmen que han sabido que no hay mejor forma de luchar por el presente de una ciudad que honrar su pasado!

Antes de volver a la calle me fijo en la maqueta que reproduce la Béjar del siglo XV en la que se

han señalado las zonas en las que vivían familias judías y me llama la atención el tamaño de una judería que no se limitaba a un rincón de aquella ciudad medieval –aunque sí había un barrio exclusivamente habitado por sefardís– sino que se extendía a muchas de las viejas calles, también de esa calle mayor que he recorrido esta misma mañana.

Salgo de nuevo al exterior con mi entusiasmo renovado y me dispongo a acercarme a lo que queda de aquel barrio enteramente judío que se asomaba desde la altura al cauce del río Cuerpo de Hombre. Un pequeño rincón de Béjar tiene todavía el sabor de una vieja judería y lo recorro en solitario, en el silencio de un día entre semana en el que la ciudad, y particularmente estas pocas calles que no llevan a ningún sitio, están tranquilas. Pienso que tengo suerte con esa paz que me rodea y que me gusta imaginar, aunque sé que no es cierto –o quizá sí lo sea en algún sentido–, como un homenaje a aquellos bejaranos que vivieron aquí hace tanto tiempo.

“

Me llama la atención el tamaño de una judería que no se limitaba a un rincón de aquella ciudad medieval –aunque sí había un barrio exclusivamente habitado por sefardís– sino que se extendía a muchas de las viejas calles.

”

Lo será si yo quiero, desde luego, y no se me ocurre mejor forma de hacerlo que bajar por la conocida popularmente como Cuesta de los Perros y llegar hasta el puente de San Albín, por el que cruzaron en aquella aciaga ocasión los sefardíes que abandonaban Béjar. Desde su silueta que tan medieval nos parece ahora se ven las casas de la villa en lo alto y el campanario de Santa María la Mayor, que entonces sobresalía menos sobre las casas: todavía no le habían ceñido el último cuerpo que le da más altura a coste de hacerlo un poco mazacote.

“

Subo a la zona del Castañar. Desde el coche y procurando no despistarme le voy echando un ojo a las vistas de la ciudad, que desde allí son inmejorables.

”

Es extraño sentir nostalgia de algo que no has vivido y lamentar un recuerdo que no es tuyo, pero es casi imposible que la nostalgia y el recuerdo no nos asalten desde el puente de San Albín y siento, triste, como si toda Sefarad se hubiese despedido de su tierra desde encima de ese arco apuntado.

Quizá, no obstante, en todos los viajes a las juderías españolas sea esencial esa nostalgia que sentimos un poco por decisión propia y que no por ello es menos hermosa y sincera, al contrario: esa voluntad de vincularnos a aquel pasado, de recuperarlo y aprender de él es lo que hace que todo, las ciudades, los museos y los viajes tenga sentido, tenga tanto sentido.

La plaza de toros más antigua

Un par de horas y una reparadora comida después conduzco por una carretera que se pliega en curvas cerradas y de fuerte pendiente. Subo a la zona del Castañar. Desde el coche y procurando no despistarme le voy echando un ojo a

las vistas de la ciudad, que desde allí son inmejorables.

En uno de los recodos de la carretera aparece al fondo la silueta del Santuario de la Virgen del Castañar y, un poco más allá y tras otro par de buenos giros, el principal motivo de mi visita a esta zona de Béjar: la plaza de toros a la que todos llaman La Ancianita y que es uno de los monumentos más interesantes de la ciudad.

El cariñoso mote se corresponde con un dato que yo no conocía hasta llegar allí y que luego he corroborado en varias fuentes: se trata de la plaza de toros más antigua de España, lo que la convierte en la más antigua del mundo, siempre que no tengamos en cuenta el



Exterior de la plaza de toros La Ancianita.

“

Acabo el día, cansado pero satisfecho, dando un último paseo por las calles de Béjar que se han vuelto misteriosas, distintas pese a ser las mismas, no más hermosas, pero sí más atractivas y quizá fotogénicas.

”

pasado romano de cosas franceses como los de Arlés y Nimes en los que, al fin y al cabo, empezaron a celebrarse corridas cuando ya llevaban siglo y medio teniendo lugar en la Ancianita.

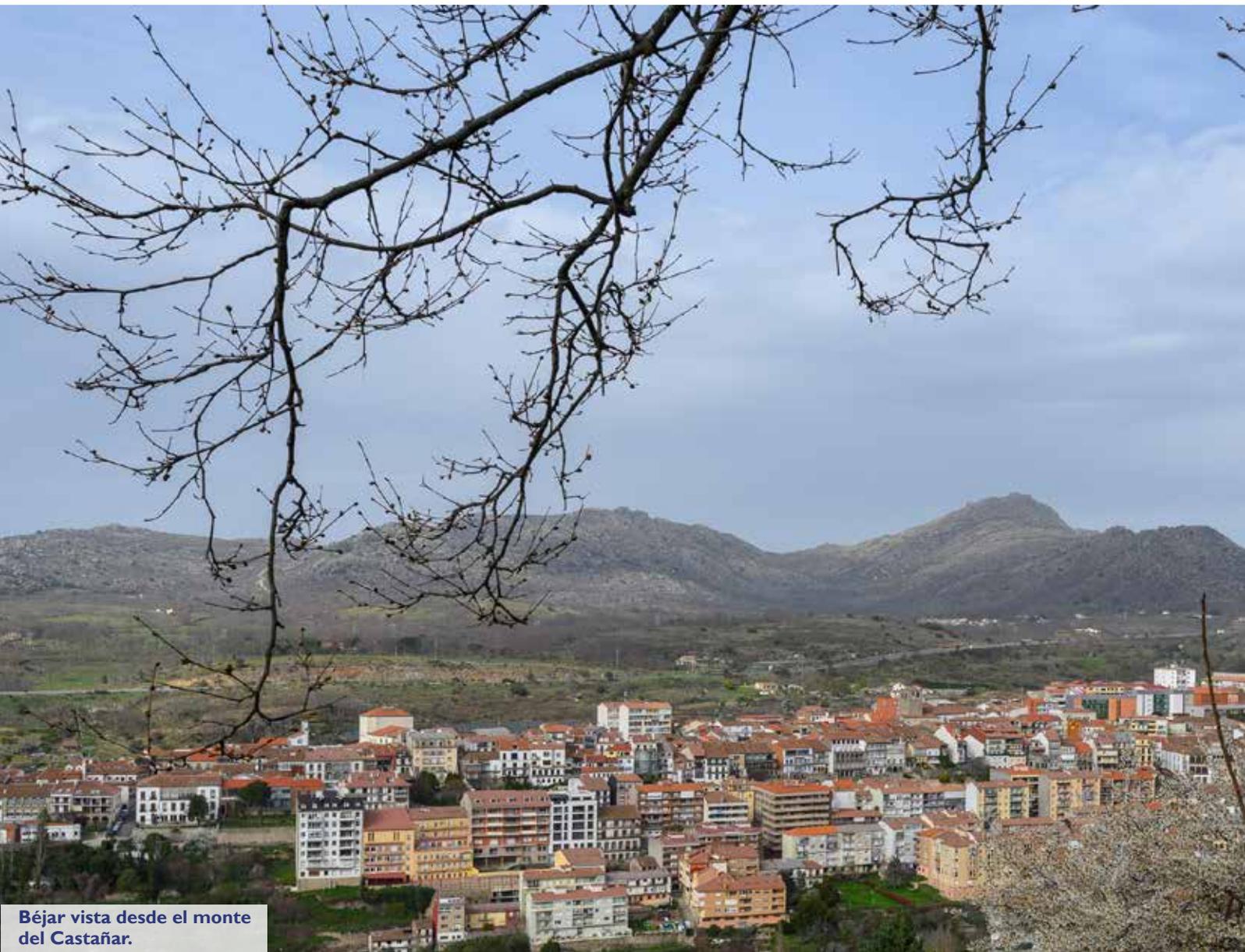
La plaza tiene un aspecto antiguo y venerable que se corresponde bien con su edad. Es grande pero sencilla y sus tendidos se extienden de una forma irregular y desnivelada: como si en la época de su construcción no hubiesen sido

capaces de reproducir en piedra el círculo perfecto del albero.

Esa rusticidad es lo que la hace tan interesante y tan atractiva, porque viéndola se ven los años que han pasado por ella: no sólo es la plaza más antigua sino que lo parece, pese a estar muy bien conservada. Y eso me gusta. En la zona más noble de la entrada sobre los tendidos de piedra se levantan unos balcones de madera que son la única parte cubierta

del coso y desde los que se tiene la vista más completa y bonita de La Ancianita. Con esa imagen y esa foto me despido de ella pensando lo mucho que me gustaría ver una corrida en esa plaza tan especial.

Acabo el día, cansado pero satisfecho, dando un último paseo por las calles de Béjar que se han vuelto misteriosas, distintas pese a ser las mismas, no más hermosas, pero sí más atractivas y quizá fotogénicas.





DÍA 2: DE RÍOS, FÁBRICAS, CLAUSTROS Y BOSQUES SOÑADOS

El segundo día de mi viaje me lleva por su río de nombre rotundo y sonoro, por otro pasado que definió el carácter más industrial y emprendedor de la ciudad y por un momento, hace cientos de años, en el que Béjar se adelantó a la mismísima Italia.

Amanece con una lluvia fuerte y vuelvo a temer que mi día sea poco menos que inútil, pero de nuevo mis temores no están justificados: poco después de salir a la calle –y mientras me tomo un buen desayuno a resguardo– deja de llover e incluso algunos tímidos rayos de sol se van asomando, como pidiendo permiso, al principio, más resueltos después.

Todavía tengo cosas que ver y que disfrutar en Béjar y me va quedando poco tiempo, así que aprovecho la tregua que me da el cielo y salgo corriendo hasta la otra parte de la ciudad para pasear por la muralla que aún se conserva. De hecho, se trata de un tramo de varios cientos de metros en muy buen estado y que te permite un recorrido que paseo muy tranquilo, casi bañándome en esa primera luz del sol.

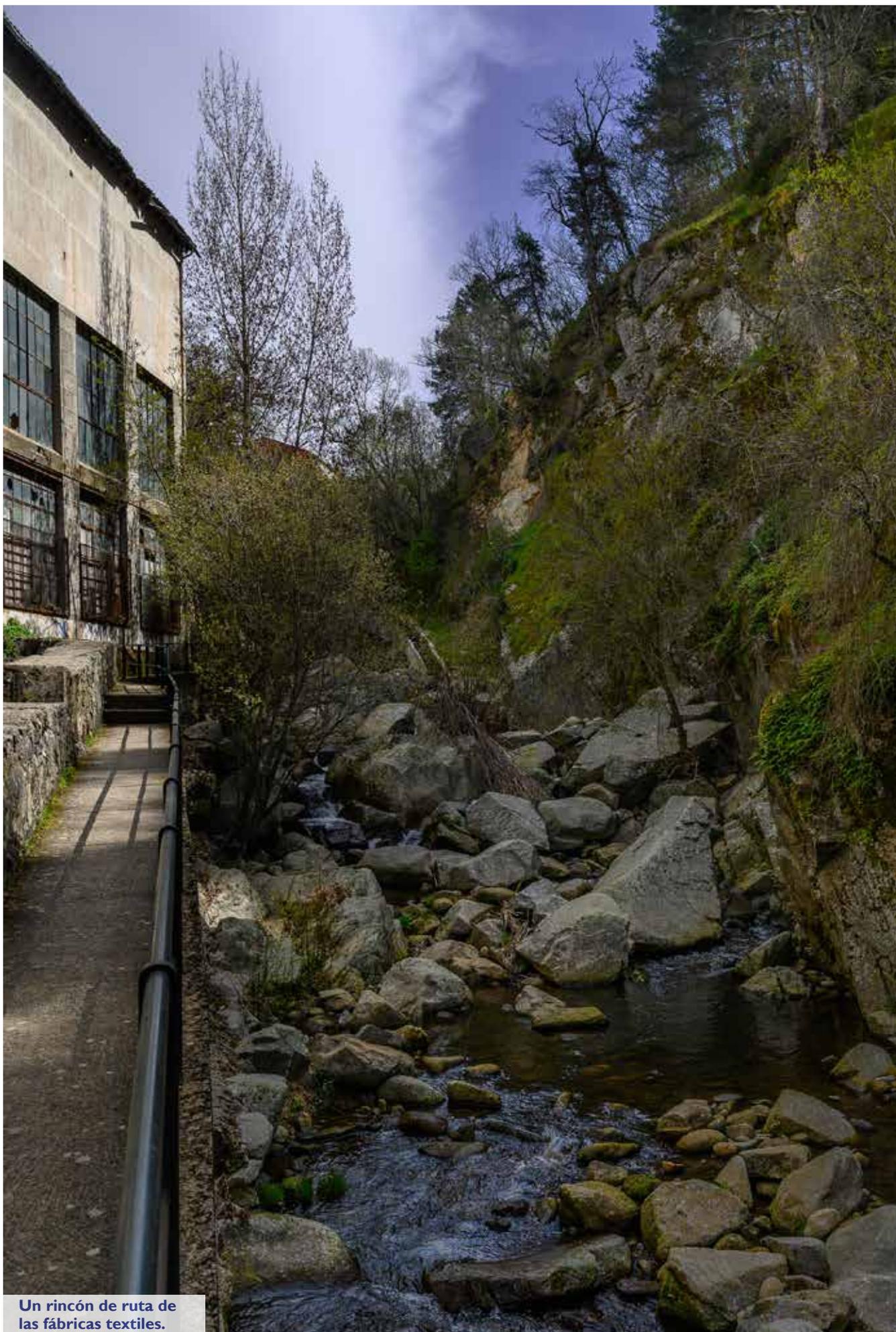
Desde lo alto veo al fondo la Covatilla, llena de nieve aún como corresponde a su condición de estación de esquí y pese a que la primavera ya está más que empezada. Más cerca, justo frente a la ciudad, está el monte del Castañar que visité unas horas antes y del que, según cuenta la leyenda, partieron cubiertos de musgo los conquistadores cristianos que engañaron así a los centinelas que guardaban esta misma muralla. Aún hoy esos hombres de musgo son parte de las tradiciones y las fiestas de la ciudad.

Un río industrial

Otra de las cosas que no quiero dejar para mi próxima visita es la ruta de las fábricas textiles. Según dicen, llegó a haber un par de centenares de fábricas textiles en Béjar, una industria favorecida por los duques y por la presencia del río Cuerpo de Hombre –me encanta ese nombre– cuyo caudal

daba energía a las máquinas antes de que llegase la electricidad. Y también, quiero pensar, por el carácter industrial y emprendedor de algunos de los judíos que se quedaron en la ciudad después de la expulsión. Sí, reconozco que nadie me ha dicho que sea así, pero tampoco me han dicho lo contrario.

Muy poco queda ya en activo de aquel esplendor que llegó a su cénit en el siglo XIX, pero sí se puede acercarse uno a él en esa ruta que recorre lo que era una sucesión de enormes fábricas que se amontonaban lo más cerca posible del cauce. Tan cerca que en muchos tramos sólo hay espacio para una pasarela metálica que se eleva sobre la propia corriente, cuyas pequeñas cascadas y remansos son ahora el único sonido de una zona que debió en su día ser presa de un trajín ensordecedor.



Un rincón de ruta de las fábricas textiles.



El precioso ábside mudéjar de la iglesia de Santa María.



El palacete del Bosque, reflejado en su estanque.

Tampoco queda casi nada de la amenazante lluvia de primera hora del día, así que el paseo es sencillamente espléndido, una gozada en la que se mezclan la naturaleza del propio río y las gigantescas moles de las viejas fábricas, absolutamente fascinantes en su abandono que le da un aire misterioso y aún más interesante a esa vieja arquitectura industrial, aparentemente sencilla

“

Los edificios se reflejan en el agua quieta del estanque y la llenan de color. A un lado y a otro el jardín se expande en sucesivas terrazas comunicadas por escaleras de viejas piedras en las que el musgo busca y encuentra un acomodo.

”

y simplemente utilitarista, pero a la que es imposible no encontrar una belleza muy personal.

Más o menos hacia la mitad de la ruta está el Museo Textil de Béjar, precisamente en una de esas viejas fábricas que, esta sí, ha sido primorosamente restaurada. En su interior, un buen resumen de esa larguísima historia industrial y cosas fascinantes, como decenas de las grandes máquinas que ayudaban a convertir las materias primas en telas y paños que desde aquella orilla del Cuerpo de Hombre llegaban a rincones de toda España y de medio mundo.

El Bosque, un sueño renacentista

No voy a decir que haya dejado lo mejor para el final porque ha sido todo estupendo, pero sí está claro que terminando mi viaje en El Bosque estoy dándole un final por todo lo alto.

Es otra de las cosas que casi no sabía antes de llegar, pero resulta que Béjar puede presumir de tener una villa renacentista que no sólo es de estilo italiano, sino que es de la misma época que aquellas que en la propia Italia definieron ese estilo y los elementos que debían tener estos conjuntos creados cerca de las ciudades como espacio de recreo de los más ricos y poderosos.

La de Béjar era, por supuesto, de los duques y hoy en día está justo fuera del casco urbano de la ciudad, acercada por el crecimiento urbano y también por los medios de transporte modernos, que nos dejan allí en sólo unos minutos desde el centro. El enorme jardín contrasta con el pequeño palacete: no hacía falta más dado el uso festivo y ocasional que se daba al lugar, en el que pese a ello se puso todo el cariño y se buscó toda la belleza.



El precioso claustro del antiguo convento de San Francisco.

Los edificios se reflejan en el agua quieta del estanque y la llenan de color. A un lado y a otro el jardín se expande en sucesivas terrazas comunicadas por escaleras de viejas piedras en las que el musgo busca y encuentra un acomodo. En la terraza inferior un impresionante conjunto de secuoyas centenarias, que parecen tan vie-

jas como el propio jardín y, entre unas cosas y otras uno tiene la inequívoca sensación de estar en otro tiempo, en otra época.

Y, vaya, me doy cuenta ahora, ya a punto de volver, de cómo Béjar lleva dos días haciéndome eso: del Museo a las calles de la judería, de la plaza de toros

a la muralla, de las fábricas al Bosque resulta que esta ciudad que tiene fama de moderna ha estado llevándome de un siglo a otro con naturalidad, casi sin querer decírmelo, con una cierta modestia de pequeñas cosas –y algunas no tan pequeñas– que no pueden reunir más encanto.



Otra imagen del Convento de San Francisco.



ÁVILA · BARCELONA · BÉJAR · CÁCERES · CALAHORRA · CÓRDOBA ·
ESTELLA-LIZARRA · HERVÁS · JAÉN · LEÓN · LORCA · LUCENA · MONFORTE
DE LEMOS · PLASENCIA · RIBADAVIA · SAGUNTO · SEGOVIA · TARAZONA ·
TOLEDO · TUDELA · TUI



CAMINOS DE
SEFARAD
RED DE JUDERÍAS DE ESPAÑA

redjuderias.org
descubresefarad.com
descubridores@redjuderias.org

